

# Prólogo

Fue a fines del siglo XII cuando empezó a aparecer en los mapas medievales una isla de San Borondón, situada al suroeste de las Canarias por Martin Behaim en 1492. Un siglo después, el arquitecto militar Leonardo Torriani la incluyó en su *Descripción e Historia del Reino de las Islas Canarias*, donde acompañaba un mapa con su ubicación exacta. Tanto se creyó en la existencia de la isla que se hicieron múltiples intentos para descubrirla.





La muestra itinerante *San Borondón: la isla descubierta*, organizada por Tarek Ode y David Olivera (inaugurada el 14 de enero de 2005 en el Centro de Arte La Recova, Santa Cruz de Tenerife), rescató del olvido al descubridor escocés Edward Harvey. Fotografías, dibujos y recreaciones en tres dimensiones de la fauna y flora, un herbario y una maqueta de la isla mágica documentan el descubrimiento de la isla de San Borondón por Edward Harvey en 1865. Según el catálogo que acompaña la exposición, y que incluye una traducción en español del diario de Harvey, este científico nativo de Edimburgo fue subvencionado por la Royal Society para investigar las islas de Madeira y Canarias. Durante su estancia en Tenerife, se apasionó por la leyenda de la isla de San Borondón y dedicó sus esfuerzos a encontrarla. Después de un año y medio de estudios e investigaciones, Harvey regresó a Tenerife en septiembre de 1864. En enero del año siguiente partió rumbo a la isla de La Palma y, tras haber sido azotado por una tempestad, desembarcó en territorios desconocidos. Durante siete días, Harvey y su tripulación exploraron la isla, sacando fotografías y haciendo dibujos.

De vuelta en Londres, Harvey se aisló del mundo para preparar la presentación de su hallazgo. Sin embargo, ya debilitado por una enfermedad

que había contraído en un anterior viaje por África, fue puesto en ridículo por el mundo científico. Harvey nunca recibió el reconocimiento por descubrir esta isla mítica.

Era la época de las grandes expediciones científicas. Las fotografías del campamento de Harvey en San Borondón, por ejemplo, con su panoplia técnica, recuerdan las fotografías del campamento del doctor Paul D. J. Hyades y los otros miembros de la misión científica francesa al cabo de Hornos (1882-1883). En Tenerife, Charles Piazzi Smyth realizó su exitosa expedición astronómica en el año 1856; sus fotografías fueron publicadas un par de años después. De hecho, la fotografía canaria tiene una larga historia: Louis Compte, el introductor de la fotografía en Brasil en 1840, pasó por Santa Cruz de Tenerife en octubre de 1839, fecha que inauguró la era del daguerrotipo canario.

Cuando uno mira las fotografías de Harvey, sobre todo las de algunos árboles con frutos gigantes, le vienen a la mente las famosas instantáneas de dos niñas inglesas con algunas hadas, reproducidas en *The Strand Magazine* en 1920 por el padre espiritual (y espiritualista) de Sherlock Holmes, sir Arthur Conan Doyle. Aunque Conan Doyle defendió la autenticidad de estas fotografías, sabemos hoy por las confesiones de las



hermanas, ya ancianas, en 1983, que las imágenes fueron trucadas. Y los animales espectaculares recreados en la exposición *San Borondón: la isla descubierta*, ¿no recuerdan demasiado a los animales prehistóricos con los cuales el mismo Conan Doyle pobló su *Mundo perdido*? En suma, ¿pertenece Edward Harvey a la categoría de los viajeros a secas, o a la de los viajeros mentirosos?

Engaño hay, pero no tanto. Uno puede comparar la fotografía reproducida en el catálogo del “Drago de La Orotava, Jardines de Frenchy, 5 de noviembre de 1864” con la de Piazzzi Smith, la única fotografía conocida del árbol derribado por un huracán en 1867, pero no se trata del mismo árbol. Y a juzgar por otra fotografía reproducida en el catálogo, el “árbol gigante” de San Borondón parece idéntico al árbol gigante de caucho que se encuentra hoy en el Jardín Botánico de Puerto de la Cruz, Tenerife.

Harvey no existió. La San Borondón que los artistas Ode y Olivera y sus colaboradores (María Teresa Febles hizo los dibujos) nos presentaron no es una recreación, sino una creación. Utilizando varias herramientas para tratar la imagen, los artistas jugaron con la leyenda para construir un viaje y una vida que no existieron, pero que se hacen reales ante el espectador. Como dicen ellos, el destino de la isla es algo a inaugurar. El proyecto San Borondón, fruto de una larga investigación, coincide con lo que José de Viera y Clavijo dijo de esta isla: “Que tiene la propiedad de presentarse a los ojos y de huirse de entre las manos”.